

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 3 DE ENERO DE 1932.

NÚMERO 1.



## Jesús, el Salvador

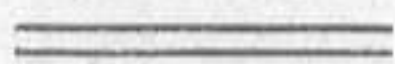
En el gran Museo del Louvre de París, entre miles de cuadros, hay uno de tamaño relativamente pequeño que llama poderosamente la atención. Es el Cristo del célebre pintor italiano Luini, que véis reproducido admirablemente de una fotografía en la página anterior. La inscripción, al pié, está en latín y viene a decir: "Exige y no dudes, porque cualquier cosa que pidieres al Padre en mi nombre te será hecha". Todas las cosas, y no sólo tres, como van a pedir a un Cristo en Madrid las gentes engañadas. Por esto, al principiar un nuevo año, no podemos hacer nada mejor que recurrir a El. Por esto también los cristianos de los primeros siglos, al dar nombre a todos los días del año, al primero le señalaron con el nombre de Jesús. Sigamos su ejemplo y que nuestro bendito Salvador presida éste y todos los años, acudamos a El en todas las necesidades y seremos felices por grandes que sean las dificultades que tengamos que atravesar. El es el camino, la verdad y la vida, y si este año ha de ser el último de nuestra vida, "con El muriendo, con El viviremos", y seremos felices para siempre, salvos en los tiernos brazos de Jesús, porque El es el alfa y omega, el principio y el fin, como esas dos letras griegas son el principio y el fin de todas las letras del alfabeto. ¡Qué nuestro Señor Jesucristo, el Amigo de los niños, presida en nuestros corazones hoy y todos los días de nuestra vida!

## PRINCIPIO Y FIN DE UN CONQUISTADOR ESPAÑOL

por ROBERTO MOLINA

Costeaba las descubiertas islas de la ardiente zona ecuatorial y las vírgenes playas de Costa Firme una pequeña escuadra, de tantas como partían para Nuevo Mundo desde Sevilla o el puerto de Palos, o de aquellas otras que, con la autorización del virrey, organizábanse en La Española. En aquel tiempo uno de los peligros mayores que abatían a los audaces navegantes era el ser atacados los navíos por una variedad de moluscos llamados "broma", que, al fijarse en los maderas del buque, las horadaban con increíble rapidez. Aconteció esta desgracia a la carabela mandada por un tal Perales Soto, en 1495, tocando el archipiélago de las Bahamas, hacia donde la arrastró el temporal, apartándola de la escuadrilla de modo que perdió totalmente de vista a los otros buques. Rápidamente, al notar que la embarcación sumergíase, se arrojaron todos al agua y lograron algunos de ellos salvarse a nado, ganando la más cercana costa. Ya en todas aquellas islas tenían los naturales, más o menos directamente, noticia de los españoles; que si para éstos fué una novedad sin ejemplo la aparición de aquel mundo nuevo, no fué para los indígenas novedad menor el conocer a los "barbados hombres blancos" (como los llamaban) que sabían pelear sirviéndose del rayo y del trueno.

Desde la espesura de un bosque, los indígenas habían visto con susto la pro-



ximidad de aquel alado monstruo, como les parecía la embarcación a velas desplegadas; y cuando advirtieron el imprevisto naufragio y que llegaban desnudos, inermes y fatigados, los náufragos, acercáronse en actitud hostil y llenos de curiosidad. No sabían, ciertamente, los españoles el nombre de aquella isla a donde tan de improviso habíales arrojado la desgracia, ni si antes habíanla ya visitado otros, de aquellas numerosas escuadrillas de colonizadores, exploradores y aventureros que por tan peligrosos mares navegaban. Los indígenas acercábanse en tumulto, con aquel guerrero concierto de gritos como feroces aullidos, y alzando las gruesas mazas de combate; y los españoles, que esto vieron, diéronse por muertos, y aquí hubiera tenido fin la expedición de no estorbarlo oportunamente uno de los náufragos apellidado Díaz Merlo, natural de Burgos, que conocía el lenguaje de los indios, por haber permanecido entre ellos algún tiempo en Puerto Rico.

—¡Detenéos!—díjoles en su lengua, y adelantóse hacia ellos, con sorpresa de unos y de otros—. ¡Detenéos, si no queréis morir cruelmente a manos de los españoles, hermanos nuestros, que, en poderosa escuadra, hacia aquí vienen y llegarán a esta costa mañana!

Contúvose, pues, el belicoso ímpetu de los indios, tanto por la amenazadora noticia cuanto por la extrañeza de oír su propio idioma en labios de aquel blanco extranjero. Añadió éste, ya aproximado a los indígenas, que traían una misión secreta acerca del cacique o jefe

de aquella parte de la isla, para hacer con él alianza y pelear contra los otros caciques, sus enemigos, que lo eran también de los españoles (y bien se ve que en el peligro no atascábase el español, soltando al buen tun tun las palabras, por si acertaba). Oído esto por el jefe que capitaneaba el grupo indígena, dió la bienvenida a Díaz Merlo y sus compañeros y, dejándolos custodiados por unos pocos indios, retiróse él con otros para dar cuenta de la novedad a su rey. El soldado burgalés que había concebido y puesto en ejecución la inspirada idea, volvióse ahora hacia los suyos y les contó lo que había hablado en lengua india, con lo cual trocábanse de momento en amigos aquellos guerreros feroces. Tenían, pues, ya casi veinticuatro horas para deliberar lo que mejor les convenía, porque en toda aquella tarde y noche era de creer que serían respetados y aun agasajados, en espera de la imaginaria flota en cuyo navío de vanguardia suponíase que estos españoles llegaban.

Todo sucedió como pensaron. Volvió el capitán indio, lleváronlos al poblado del cacique, expresó Díaz Merlo su fantástica embajada, y con esto vino a representar, siquiera por unas horas, el papel de capitán español (sin enojo del verdadero capitán Perales de Soto, que se entregaba, en el infortunio, a la suerte que de la inventiva de aquel soldado pudieran todos alcanzar); y se ve cómo en los apuros se pone a prueba el valor y el ingenio, verdadera jerarquía que no se adorna con entorchados, títulos, ni tratamientos especiales.

Diéronles buena cena y lecho, quedaron solos—que no pasaban de doce los salvados—y rodeaban todos a Díaz Merlo, muy suspensos por lo que temían del mañana. Y mientras este justificado temor les amargaba el buen éxito presente, desvelados por la inquietud y contando las horas, se alzó de pronto un viento huracanado, que causó espanto y enorme destrozo en las viviendas indias. Aplacada la borrasca antes de media noche y vuelta la quietud al caserío, se acercó cautelosa al lecho de Merlo una muchacha que le habló al oído. Alzóse éste de prisa, siguió a la joven, y en llegando a un aposento donde estaba otra muchacha india, acompañada de esclavas, apartóse ésta de ellas y dijo al español en voz baja:

“Si por efecto del ciclón de esta noche no llegan mañana los navíos que has dicho, os veréis seguramente en peligro, porque aconsejan contra vosotros a mi padre algunos guerreros que os tienen odio. Si tal sucede, esa esclava que te ha guiado hasta aquí te dirá ahora el lugar donde podéis encontrar armas, pero me has de prometer serviros de ellas sólo para defenderos y nunca contra mi padre, que es el rey.”

Asombrado quedó Díaz Merlo, y prometió con todas sus fuerzas lo que aquélla le pedía, y a otras promesas se extendiera si ella no lo estorbaba, indicándole la necesidad de regresar a su aposento antes de que por nadie fuese advertida la entrevista. Regresó, echóse, no pudo dormir y amaneció a poco. Despertaron todos, y en seguida el rey hizo llevar a Díaz Merlo a su presencia.

—Mira—le dijo señalando hacia la costa, en donde veíanse destrozos de un navío y multitud de hombres que pretendían ganar tierra—. ¿Son los tuyos?

—Creo que sí—respondió vivamente el español—. Sin duda, con la tormenta de esta noche...

—¿Son todos los que esperabas?

—¿Todos?—replicó Díaz Merlo mirando al cacique de modo descarado e insolente—. Han de venir más de cuarenta navíos, y esos son la tripulación de uno sólo. Permíteme que acuda con los míos a socorrerlos.

No otorgara tal permiso el cacique, a no causarle temor aquello de los cuarenta navíos y así le autorizó como deseaba. Inmediatamente el español entró en el cuarto donde sus compañeros esperaban atemorizados. Contóles brevemente lo ocurrido, y tomando ya con resolución el mando de todos, ordenó la salida y encamináronse al secreto lugar en donde había un depósito de armas, como bien Merlo lo sabía, y apoderándose de ellas con prisa, fuéronse a la playa, ayudaron a los naufragos (cuyo hundido buque era otro de aquella escuadra dicha) y contó a quien les mandaba cuanto sabemos.

Animóles a defenderse y proveyó de armas indias a los que habían perdido las suyas en el naufragio, que eran los más, porque vino a quedar sola una espada, y creo que rota, más dos cortos cuchillos.

(Continuará.)

